

BLIZZARD ENTERTAINMENT

La última carta

por

Robert Arjet

Nerissa Natoli caminaba pesadamente por las calles resbalosas de La Marca del Oeste, la llovizna bañaba las luces con un aspecto espectral en la penumbra del anochecer. Su aprensión no tenía tanto que ver con las criaturas que los habitantes de la ciudad habían detectado últimamente, sino con el clima, inoportunamente frío, y la niebla que se condensaba para transformarse en una lluvia que convertía las calles en superficies resbaladizas y traicioneras. Nerissa estaba cubierta con una capa de lana que la mantenía abrigada, pero la vergüenza de caminar bajo la lluvia la llenaba de un resentimiento amargo.

Hacía solo un año habría hecho el viaje en coche, atendida por sirvientes. Por supuesto, hacía un año todavía no habían empezado a llegar los acreedores con deudas y cuentas sin pagar a nombre de su marido. En el fondo, Ashton era una buena persona, se decía la joven. Pero el juego y la bebida habían arruinado a hombres aun mejores, y ahora él se había desvanecido para irse quién sabe a dónde, llevándose lo último que quedaba del tesoro familiar. Nerissa no lograba odiarlo, pero cada vez que metía el zapato en un charco congelado se le retorció el estómago de rabia.

Caminó por una calle residencial bordeada de árboles antiguos y mansiones elegantes y pensó en todas las fiestas de disfraces a las que había llevado a Elizabeth en esa misma avenida... en las épocas en que todavía había dinero para vestidos. La calle le había parecido majestuosa desde la ventana del coche. Pero el coche se había ido poco después que los vestidos, y ahora los árboles tenían un aspecto oscuro y malévolo con esas extremidades añejas retorciéndose en la niebla.

Nerissa había conservado los caballos tanto como había podido. Eran un símbolo

prominente de la posición de su familia, y cuando los vendió, ya no pudo ni siquiera seguir simulando. Mientras caminaba por las calles mojadas como una plebeya, maldijo su suerte en silencio y volvió a rogar que Ashton regresara con su fortuna intacta y sus debilidades superadas. Nerissa no era particularmente soñadora, pero no tenía muchos lugares más donde buscar consuelo. Encontraría una forma, se dijo. No permitiría que su hermana muriera como una solterona empobrecida. La sola idea fortalecía su decisión. Fuera como fuera, y sin importar el precio, iba a encontrar la forma.

Dobló en una calle lateral y vio su destino, que surgía amenazante como un despeñadero rocoso y sombrío. En realidad no era más que la casa, en comparación modesta, de un tal Vincent Dastin, un prestamista y mercader próspero —aunque vulgar—, pero en su imaginación se cernía sobre ella, contumaz y amenazadora. Miró la puerta de entrada con recelo. Hacía un año, habría enviado a un lacayo con su mensaje mientras ella disfrutaba de una copa de vino kehjistaní en el coche. Sin embargo, esta noche tuvo que subir la larga escalinata hasta la puerta con un hueco en el estómago de solo pensar en la vergüenza de pedir —no, rogar— que el hombre le tuviera paciencia.

Nerissa llegó a la entrada y apoyó la mano en la aldaba. Tomó el metal frío con toda la determinación de la que fue capaz y lo dejó caer sobre la puerta de roble, que se abrió casi de inmediato.

—¿Sí? —preguntó el lacayo regordete que atendió, levantando una ceja.

A Nerissa le pareció un gesto insolente, pero contuvo su indignación. Después de todo había ido a rogar por su casa, y sospechaba que su desesperación era evidente

hasta para los criados. Cuando se enteró de que Ashton había puesto la mansión familiar como garantía de un préstamo, sintió que el mundo se derrumbaba. Nerissa no sabía lo que era estar en deuda, nunca había experimentado la ansiedad mortificante de no poder pagar las cuentas o cumplir con las obligaciones. Pero la casa... la casa era otra cosa. Perder la casa sería perder su refugio, la última esperanza de regresar a la sociedad de La Marca del Oeste. La última esperanza de salir del pozo que había cavado Ashton. La última esperanza de encontrarle un candidato a Elizabeth.

Con toda la dignidad que pudo reunir, Nerissa le dijo al hombre con firmeza pero sin perder cortesía:

—Vengo a hablar con el señor Dastin. —Entonces, reparó en que nadie la había presentado y agregó—: Mi nombre es Nerissa Natoli.

El lacayo hizo una pausa solo un instante más larga de lo que Nerissa consideraba aceptable, y después, para su sorpresa, agregó rápidamente:

—Veré si el amo está para atenderla —y cerró la puerta.

Eso fue demasiado. Que la dejaran esperando en la puerta como una buhonera o una vendedora cualquiera era un insulto que Nerissa no sabía cómo soportar. Tomó la determinación de hablar con Dastin sobre la vulgaridad de sus sirvientes.

Mientras esperaba, recordó cómo había comenzado esa noche, cómo Elizabeth le había suplicado que se quedara a jugar a las cartas, y se sonrió con tristeza. Esa chica podía estar sentada en medio de una casa en llamas y solo pensar en bailar y divertirse. Pero, en cierta forma, la mansión Natoli se estaba incendiando y Elizabeth

iba a ser la que más sufriera: era joven y bella, pero no tenía la más mínima esperanza de conseguir un buen partido a menos que pudiera recuperar su dote de alguna manera. Nerissa se obligó a no imaginarse los burdeles y antros de juego donde había desaparecido la herencia de su hermana, pero sentía cómo se le endurecía el corazón. En el fondo, Ashton era un buen hombre, se recordó.

La puerta volvió a abrirse y, cuando Nerissa se preparaba para entrar, el lacayo recitó con un tono que no podía considerarse deferente:

—El amo no recibe visitas ahora.

Nerissa se quedó estática con el pie listo para pisar el umbral de la casa. ¿Había oído bien? ¿Ese mercader advenedizo le estaba negando una audiencia? La sangre le subió a las mejillas y supo que tenía que controlarse. Si hacía una escena ahora, lo único que conseguiría sería humillarse aun más. Su madre siempre había dicho que lo que distinguía a una verdadera dama era el modo en que sobrellevaba un desaire, y Nerissa no iba a darle a ese criado insolente —ni al maleducado de su amo— la satisfacción de comportarse como nada menos de lo que era. Se serenó y sencillamente dijo:

—Muy bien —y después dio media vuelta y se fue.

Nerissa regresó caminando a la casa. Ahora las calles de adoquines estaban inundadas, la lluvia había empezado a caer con fuerza y el reflejo de la luz de las velas

y los faroles bailaba parpadeante en los charcos que ella intentaba esquivar. La ira comenzó a desvanecerse y le cedió su lugar al miedo y la desesperación. Con la sorpresa del desaire de Dastin, Nerissa no se había detenido a pensar lo que significaba esa afrenta. Se le había negado incluso la posibilidad de pedir un aplazamiento de la deuda. La posibilidad de rogar por la casa, que era de ella y de Elizabeth. Por más desesperada que hubiera sido su situación en el camino de ida, Nerissa se dio cuenta de que ahora era aun peor.

Iba tan sumida en sus pensamientos que el relincho repentino de un caballo casi la mata del susto. Levantó la mirada. La lluvia fría le empapaba la cara y cayó en la cuenta de que no reconocía la calle donde estaba. Estrecha, oscura y sinuosa, parecía un bosque húmedo con criaturas desconocidas ocultas en las sombras. Nerissa conocía bien los mejores paseos y bulevares de La Marca del Oeste, pero esa callejuela tortuosa que nunca había visto le resultaba amenazante.

Se volteó para encontrar el origen del ruido y lo oyó otra vez, junto con el traqueteo de las ruedas de un coche. Maldiciendo la niebla, Nerissa miró a su alrededor sin poder decidir si la fastidiaba más el coche que no encontraba o la sordidez de la calle. Con un sacudón, apareció frente a ella un caballo negro como el carbón, su boca deformada por la violencia del tirón de las riendas. Nerissa estuvo a punto de caer de rodillas, pero de pronto la bestia se tranquilizó y su conductor la miró como si no hubiera pasado nada.

Nerissa no reconocía el uniforme del conductor, pero el modelo había pasado de moda hacía por lo menos una generación. Volvió a bajar la cabeza, la vergüenza por su estado aun más punzante frente a miembros de la vieja aristocracia, pero se volvió

abruptamente cuando oyó su nombre.

—¿Nerissa?

La voz suave y amable parecía de una anciana, pero Nerissa no lograba identificarla. Se acercó a la ventana abierta del coche, el panel de madera apenas sostenido por una mano delicada y artrítica, e intentó discernir alguna cara en la penumbra.

—¿Sí?

—No te quedes ahí parada, hijita. Sal de la lluvia. Debes estar empapada. Abre la puerta, Nathaniel.

El conductor bajó con gracia y deferencia y abrió la puerta en silencio. Nerissa le agradeció con un movimiento de cabeza altanero y se metió en el coche, demasiado desconcertada como para sentir vergüenza, y francamente agradecida de que la rescataran de la lluvia.

Mientras se acomodaba en el banco de madera, sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad y logró distinguir una cara regordeta y arrugada, una profusión de rulos blancos y un cuerpo que, encogido por los años, ahora era casi del tamaño de un niño. Se devanó los sesos tratando de recordar el nombre de la mujer, pero no hubo caso. Ni el más mínimo recuerdo de esta mujer que obviamente la conocía y que, a diferencia de una porción cada vez más numerosa de la alta sociedad de La Marca del Oeste, estaba dispuesta a extenderle una mano cordial.

—Lo siento muchísimo —tartamudeó finalmente mientras la mujer la miraba con

benevolencia— pero parece que estoy en desventaja. Por más que me esfuerzo no puedo recordar dónde nos conocimos.

La mujer le sonrió compasiva y palmeó el brazo helado de Nerissa con una mano que parecía hecha de pergamino.

—No te preocupes, querida. Nunca nos presentaron, así que no me sorprende que no me recuerdes. —La anciana sonrió aun más mientras la cara de Nerissa se pintaba de desconcierto, y después dijo—: Soy una vieja amiga de la familia, y he estado pendiente de ti.

¿Le había guiñado el ojo? Nerissa no estaba segura. Pero se quedó sin aliento cuando, de pronto, imaginó que la mujer era una tía solterona perdida dispuesta a compartir su pequeña fortuna con ella y con Elizabeth. El pensamiento la hizo sentir culpable, pero con la amenaza de la ruina tan tangible, cualquiera que se pareciera aunque fuera remotamente a un salvador era alguien que debía ser tratado con el máximo cuidado.

—¿Pendiente de mí? Entonces... entonces sabe... —Nerissa dejó el final de la frase en suspenso e hizo un gesto discreto con la mano para indicar la caída de su familia en la pobreza, un tema que era de mala educación mencionar. La anciana asintió austeramente.

—Sí, querida. Me temo que sí. Y aunque parezca raro... —En ese punto, miró por la ventana la lluvia torrencial e hizo una pausa antes de terminar con una intensidad inesperada en los ojos—. Quizá tenga una solución a tu... digámosle "situación".

Nerissa hizo todo lo posible para mantener la cara inexpresiva, pero el corazón le

dio un salto de la emoción. Todavía no entendía muy bien quién era la anciana, pero la posibilidad de que fuera su salvadora era real e inmediata. Eligió sus palabras con cuidado.

—¿Una solución?

—Una *posible* solución, querida. Es, bueno... ¿Juegas a las cartas?

A Nerissa le pareció un comentario muy poco oportuno, pero asintió con la cabeza. De hecho, todos en La Marca del Oeste sabían que era una jugadora imbatible. Nunca había sucumbido a la fiebre del juego como Ashton, pero sí había vaciado el monedero de más de una rival en una partida "amistosa" de Destino u Oca loca. ¿La anciana sabría? ¿La estaba desafiando? Nerissa no sabía qué pensar. Ashton había apostado los bienes familiares y había perdido, ¿podría ella recuperarlos del mismo modo? Casi se sintió mareada ante la perspectiva, pero se limitó a sonreír y dijo:

—Sí, sí. Juego a las cartas.

Cuando estaba bajando del coche en la puerta de su casa, Nerissa notó que afortunadamente la lluvia había frenado. De hecho, se había despejado y miles de estrellas iluminaban la ciudad vestida de noche. Giró de pronto y atajó la puerta antes de que se cerrara.

—Lo siento muchísimo, pero todavía no sé su nombre.

—Ay, qué tonta que soy. Nunca te lo dije. Me llamo Carlotta.

—Muy bien entonces, Carlotta. La espero mañana a la noche. ¿Está segura de que no quiere cenar con nosotras antes de jugar?

—Muy segura, hijita. Prefiero cenar sola. —Y con eso cerró la puerta, corrió el panel de madera y el coche se marchó dando tumbos.

Totalmente mareada, Nerissa subió los escalones hasta la puerta de su casa. Probablemente la anciana tenía una pequeña fortuna y estaba buscando una excusa para compartirla con ella y con Elizabeth. La excusa de las cartas era un invento amable, un eufemismo para que no pareciera que les estaba dando limosna. O quizá Carlotta no mentía y estaba más interesada en una partida de cartas a todo o nada que en el bienestar de Nerissa. *¿A quién le importaba?* Sin dudas la vieja aristocracia de La Marca del Oeste contaba con miembros aun más excéntricos, ella había oído historias y hasta lo había visto con sus propios ojos. Si Carlotta quería jugar a las cartas, Nerissa no iba a negarse.

La noche siguiente, cuando la penumbra del anochecer comenzaba a envolver la casa, Nerissa caminaba ansiosamente de un lado a otro en su habitación. ¿Y si Carlotta estaba tan chiflada como parecía y había olvidado la cita por completo? ¿O si era algún tipo de broma cruel? ¿O si...?

Nerissa tomó coraje y se obligó a tranquilizarse. Examinó la habitación: lo mejor de los muebles que quedaban, un par de lámparas de aceite bruñidas, una mesita con prácticamente la última botella de vino kehjistaní y dos copas y, por supuesto, sobre la mesa oscura y reluciente, un mazo de cartas.

Nerissa había elegido esas cartas a propósito porque estaban adornadas con el blasón de la familia Natoli. Le gustaba pensar que, si estaba jugándose el futuro de la casa familiar, por lo menos podía elegir cartas acordes a lo que estaba en juego.

Lo que estaba en juego... Nerissa volvió a mirar la caja forrada de terciopelo que había dejado junto a las cartas. Allí había guardado hasta la última joya que le quedaba, una fortuna para un plebeyo pero una miseria para intentar recuperar la riqueza de su familia. Nerissa sabía que tendría que ganar, y ganar muchas veces, para sacar a la familia a flote. Pero no podía darse el lujo de ganar demasiado rápido y que la dulce vieja se espantara. No, esta era una tarea que requería tacto, delicadeza y cuidado.

—¡Nerissa! ¡Mira!

El flujo de sus pensamientos quedó hecho añicos y Nerissa se sobresaltó cuando su hermana entró como un rayo en la habitación. Elizabeth estaba cubierta de pies a cabeza en lo que parecían ser grandes hojas ondulantes de color carmesí, ocre y anaranjado. Nerissa quedó algo espantada, pero logró esbozar una leve sonrisa para corresponder la alegría que iluminaba la cara redonda y resplandeciente de Elizabeth. Aunque a veces no podía evitar envidiar a Elizabeth, que aparentemente no advertía en absoluto la situación cada vez más apremiante en que se encontraba, Nerissa tampoco podía evitar sentirse fascinada por la belleza y vivacidad de su hermana. Sería la pareja ideal para varios caballeros de La Marca del Oeste, y por lo menos para algunos de los nobles inferiores, si tan solo tuviera la dote adecuada. Pero habían tenido que usar esa dote para pagar las deudas de Ashton y ahora Elizabeth corría el riesgo de quedarse sola para toda la vida, o aun peor... de tener que casarse con algún

plebeyo ambicioso dispuesto a comprar su entrada a la familia Natoli. Nerissa se estremeció de solo pensarlo y trató de seguir sonriendo mientras Elizabeth saltaba por toda la habitación en una danza juguetona.

—¿Ves? ¿Ves lo que soy?

Nerissa se contuvo para no darle una respuesta amarga y se conformó con una indiferente:

—No sé, ¿un bufón?

Elizabeth se frenó perpleja en medio de un salto para mirar a su hermana.

—¿Un bufón? ¿Me estás tomando el pelo, hermana? —Intentó poner cara de enfado pero su boca esbozó una sonrisa y comenzó a reírse con una risa armónica y contagiosa mientras revoloteaba alrededor de Nerissa hasta casi tirarla al suelo—. La fiesta de los Lancaster es en dos semanas, ¡y por fin podré volver a ir!

Tomó a Nerissa de los hombros con la alegría honesta de los niños, con la esperanza de conseguir que su hermana aburrida y prosaica entendiera.

—Dices que no puedo ir porque no podemos comprar trajes nuevos, pero la señora Lancaster dice que esta vez todos tenemos que hacer nuestros propios disfraces, ¡así que voy a poder ir!

Elizabeth se alejó de un salto y desfiló su vestido. Nerissa se compuso y controló que las cartas y el vino siguieran bien acomodados.

—El tema de la fiesta es "El tiempo" —entonó Elizabeth haciéndose la seria—.

¿Ahora sabes qué soy?

Nerissa volvió a dirigir la atención a su hermana y la examinó de arriba a abajo. Ahora veía que Elizabeth estaba semicubierta de pedazos de papel y tela cuidadosamente prendidos a un viejo vestido marrón. No era que no quisiera seguirle el juego a su hermana, pero ahora no era momento para adivinanzas.

—¿Un árbol?

Elizabeth abandonó la pose con un suspiro y sacudió los rulos con exasperación.

—No, retonta. Soy el otoño. ¿No ves las hojas?

Por un segundo, Nerissa vio un atisbo de verdadera preocupación en los grandes ojos castaños de su hermana, la ligera incertidumbre de una joven que, después de todo, estaba usando un vestido de la temporada anterior adornado con trozos descartados de papel y gasa. A Nerissa se le partió el corazón y puso los brazos alrededor de Elizabeth.

—Claro que sí. Eres la encarnación del otoño. Serás la sensación de la noche.

—¡La sensación! —Elizabeth se desprendió de los brazos de Nerissa con un gesto majestuoso y lanzó una risita tonta.

—¡Gracias, Nerissa! Ahora me tengo que ir a seguir cortando hojas. Maurice me está ayudando pero lleva una eternidad hacerlas.

Y así nomás se fue, desapareció de la habitación como un espíritu. Nerissa suspiró y se dio cuenta de que ya no estaba tensa ni ansiosa. Tomó el mazo de cartas y

comenzó a mezclarlas distraídamente. Por mucho que a Nerissa le importara la casa, lo que más la afligía era Elizabeth. Si lograba recuperar una porción de su fortuna suficiente para casar a su hermana, podría estar en paz y aliviar la vergüenza que sentía todos los días cuando pensaba en el futuro truncado de la joven. *Un buen matrimonio para Elizabeth*, pensó, y rechinó los dientes con impaciencia. La posibilidad estaba ahí al alcance de su mano, y ella pensaba tomarla esta noche.

—Oh, no, querida. Me temo que ya no puedo tomar alcohol.

Carlotta rechazó la copa de vino que se le ofrecía con una manito diminuta y Nerissa volvió a apoyarla en la mesa, un tanto decepcionada. A veces el alcohol ofrecía una pequeña ventaja, pero ella no dependía de eso. Tenía su cabeza: estaba alerta, lista, casi ansiosa por empezar el juego.

—A mi edad, tú sabes, bueno... hay ciertas que cosas que sencillamente hay que abandonar. —Carlotta sonrió como quien sabe de qué está hablando y Nerissa lanzó una risita en respuesta a pesar de que no tenía idea de qué edad tenía esa mujer extraña. Lo único que sabía era que había dejado de ser "anciana" hacía un tiempo pero todavía no había llegado a "muerta".

—Entonces —sonrió Nerissa—, ¿a qué jugamos? ¿Primera luz? ¿Destino? ¿Quizás Oca loca?

En el fondo, Nerissa tenía la esperanza de jugar a Oca loca porque era particularmente buena con las rápidas apuestas y contraapuestas del juego kehjistaní. Pero estaba preparada para jugar a cualquiera de esos o a cualquier otro que sugiriera

su invitada.

—Oh, no. Oca loca es demasiado rápido para mí. Prefiero algo más simple. Bien simple.

Carlotta asintió como si estuviera de acuerdo consigo misma y Nerissa se quedó esperando a oír el juego. Empezó a sentirse tensa nuevamente y bebió un trago de vino.

—Pero primero... —dijo Carlotta con voz ronca mientras se aferraba a un bastón de ébano que parecía más que necesario para sostener ese cuerpo frágil— la apuesta. Tenemos que ponernos de acuerdo —y en ese momento pareció ponerse un poco rígida, como si el cuerpo se le contrajera para adentro de un modo inhumano— con las apuestas.

Nerissa terminó la copa de vino y la apoyó torpemente en la mesa. Tomó la caja de terciopelo, la mostró con orgullo y abrió la tapa. El contenido centelleó.

—Tengo mis joyas —respondió con toda la dignidad que pudo juntar— y algunas de estas piezas han estado en mi familia por generaciones. Esta, por ejemplo —dijo mientras levantaba una peineta de hilos de oro decorada con un solo zafiro grande—, es un regalo que le hicieron a mi abuela el día de su boda. También está esto —siguió mientras le mostraba un estilete cuya vaina tenía tres rubíes engarzados—. Mi tío abuelo lo usaba cuando iba a la corte. No es más que una pieza de colección, pero él se imaginaba que era un auténtico soldado. —Se rió con menosprecio pero se encontró con la mirada dura y perturbadora de Carlotta. Volvió a poner el cuchillo en la caja y esperó a que la anciana hablara.

—No —susurró la vieja con los ojos fijos en los de Nerissa—. No, creo que tendríamos que hacer una apuesta... más jugosa. —Rechazó la objeción que Nerissa había empezado a tartamudear con un movimiento de mano casi imperceptible—. Creo que deberíamos hacer la apuesta máxima. ¿Qué querrías más que nada en este mundo, querida?

Nerissa titubeó, no sabía si la anciana estaba loca o bromeaba, o si la situación era otra por completo. ¿Esta sería su forma de ofrecerse a pagar todas las deudas de la familia? La cabeza de Nerissa daba vueltas con tantas posibilidades.

—Antes de que respondas, recuerda que uno siempre debe ser cuidadoso con lo que pide. Las cosas que queremos suelen encontrar el modo de ponérsenos en contra. —Carlotta sonrió, y de pronto Nerissa comprendió que todo era una prueba. Por supuesto. La anciana no le estaba ofreciendo hacerse cargo de la deuda, la estaba poniendo a prueba para ver qué decía. Compuso la respuesta con cuidado, como si fuese el deseo sincero de una esposa leal y no una decisión económica calculada.

—Querría que mi querido esposo, Ashton, regresara. Sobrio, reformado y con toda su fortuna. —Intentó que eso último sonara como algo casual, y no como su más profundo deseo.

—Muy bien, querida. ¿Y a cambio? ¿Cuál es tu posesión más valiosa? ¿Qué guardas en lo más profundo de tu ser que solo tú puedes entregar?

Nerissa, que se consideraba muy hábil con las adivinanzas, estuvo a punto de lanzar un "Mi corazón", la respuesta más obvia. Pero la sola idea de esa vieja decrepita reclamando su corazón casi la hizo soltar una carcajada.

Entonces, analizó el extraño brillo de la mirada de Carlotta y volvió a dudar. ¿Cuál sería la mejor respuesta? De pronto, se iluminó y le dedicó a la anciana una sonrisa adulatora de indulgencia, como la que uno le hace a un niño que pide un dulce antes de la cena.

—Dejaría que usted elija, por supuesto. A cambio de mi mayor deseo, le apuesto cualquier cosa que usted quiera y yo pueda darle.

—Trato hecho —disparó Carlotta casi antes de que Nerissa hubiera terminado.

La celeridad de la respuesta sorprendió a Nerissa, y por un instante la dureza en la mirada de la anciana pareció materializarse en una chispa metálica. ¿O no? Nerissa se calmó y se sirvió otra copa de vino. Esa anciana estaba jugando con ella. O, más bien, el estrés y la ansiedad, combinados con la posibilidad estimulante de jugar por la cancelación de las deudas de su familia le estaban afectando los nervios. Escrutó a Carlotta pero lo único que vio fue unas mejillas suaves y regordetas y las líneas que se graban en una cara acostumbrada a la risa. Nerissa se regañó por pensar mal de la mujer. Podía ser que estuviera un poco chiflada, pero esa mujer, una anciana excéntrica e indefensa, estaba por convertirse en su salvadora y si quería hacer una apuesta imaginaria antes de darles toda su fortuna a Nerissa y Elizabeth, que así fuera. Jugaría a las adivinanzas y al gallito ciego si ella quería. Cualquier cosa si al final había oro y plata.

—Muy bien, entonces. —Carlotta tomó las cartas y cortó hábilmente con una mano—. Será un juego simple. Yo saco una carta y después tú sacas una carta. Y seguimos hasta que las dos tengamos tres. Después mostramos las cartas de a una. — La anciana miró a Nerissa como para comprobar que la estuviera siguiendo—. Al final,

la que tenga la carta más alta, gana.

¿Qué era eso? Nerissa estaba más segura que nunca de la senilidad de la anciana. Para ese juego no se necesitaba ninguna destreza: era pura suerte. ¿Iba a apostar el futuro de la familia a la vuelta de una carta? Todo parecía indicar que Carlotta estaba buscando un juego desafiante, pero esto no era más que una apuesta tonta a la suerte. Fuera como fuera, ella era la que tenía la fortuna y el poder de darla o retenerla, y Nerissa iba a hacer todo lo que pudiera para congraciarse con ella.

—La carta más alta gana. Tiene sentido. —Hizo un gesto para que Carlotta robara una carta. La anciana asintió suavemente con la cabeza y los rulos blanco nieve le bailaron un poco mientras se inclinaba para acercarse al mazo. Nerissa la imitó y pronto las tres tuvieron tres cartas boca abajo sobre la mesa. Carlotta dio vuelta la primera.

—Ah, diantres —murmuró, y se rió como un niño. La carta era el tres de coronas, un tanto decepcionante. Se quedó mirando a Nerissa con ansiedad, las manos entrelazadas en el regazo. Un poco incómoda con el ardor de la anciana, Nerissa dio vuelta su primera carta, ansiosa por terminar el juego y poder pasar al verdadero tema que le interesaba. Reveló un doce de serpientes. Una carta para nada mala.

Carlotta dio vuelta la siguiente carta con un chasquido: el siete de serpientes. Después volvió a mirar a Nerissa con esos ojos chispeantes, ávidos. Nerissa vaciló: no había mucho que pensar, ninguna estrategia, pero aun así no le gustaba la idea de voltear cartas a ciegas hasta que el juego terminara. Dudó entre las dos cartas que le quedaban y finalmente dio vuelta un ocho de leones.

Se relajó un poco. Todo era estúpido. Un juego estúpido, una apuesta estúpida, una vieja estúpida... Pero el verdadero juego —la verdadera apuesta— no podía ser más seria. Nerissa analizó cómo seguir una vez que el juego hubiera terminado. Siempre había sido buena para leer las caras y juzgar el comportamiento de sus oponentes, y ahora escrutaba a Carlotta mientras la mano de la anciana se acercaba a su última carta.

Sin quererlo, Nerissa dio un gritito ahogado cuando vio la emperatriz de coronas. Sería una carta difícil de vencer. Carlotta quitó los ojos de la carta con un brillo casi rapaz en la mirada. Nerissa retrocedió, después se serenó. ¿Qué locura era esta? Frente a ella, tenía sentada a una anciana dispuesta a cederle una fortuna a su familia y ella estaba ahí, tratando esta apuesta imaginaria como si importara. Se rió y le sonrió a su benefactora.

—Bueno, ciertamente ahora usted está en ventaja, abuela. Veamos qué puedo hacer al respecto...

Cuando Nerissa vio a la emperatriz de estrellas, sintió una ola de alivio tangible. Carlotta se limitó a chasquear la lengua y enseguida se recompuso y se levantó. Nerissa no había tenido tiempo de proponer una segunda mano y la mujer ya se había excusado y dejado la habitación. Nerissa salió detrás de ella, desesperada de solo pensar que la había ofendido o había perdido su oportunidad.

—Bien jugado, querida. No hace falta que me acompañes a la puerta.

Carlotta ni siquiera se molestó en mirar por sobre el hombro, y Nerissa intentó no sonar suplicante pero fracasó.

—¿De veras no va a jugar una mano más? Estuvo a punto de ganarme. ¿Una copita de vino kehjistaní? ¿O...?

—Ya te he dicho, querida. No tomo alcohol. Pero volveré mañana por la noche si quieres.

—Oh sí. Sí, claro. Voy a...

—He dicho "si quieres", querida. Así que analiza tu decisión con cuidado antes de mañana por la noche.

Y con eso salió por la puerta. Nerissa sacudió la cabeza. Aparentemente, para quedarse con su presa iba a necesitar un trabajo mucho más fino de lo que había pensado. La mujer parecía un libro abierto, pero Nerissa tenía el presentimiento de que todavía le quedaba mucho por aprender.

De pie en los escalones de la entrada, mientras miraba cómo se alejaba el coche, Nerissa se dio cuenta de que, de pronto, hacía mucho frío. Sentía un frío cortante y húmedo que la atravesaba, a pesar de que la noche había estado templada hasta hacía menos de una hora. Y esa niebla de nuevo... parecía brotar del suelo como un ser vivo que se preparaba para un fin malévolo.

Estaba volviendo ansiosa al calor y la luz de la casa —y quizá a una copita de vino— cuando un sonido seco y ronco interrumpió el hilo de sus pensamientos, un ruido muy diferente del que hacía el coche de Carlotta mientras se perdía en la distancia. Nerissa forzó la vista para identificar el origen a través de los tentáculos movedizos y cambiantes de la niebla.

Inclinó la cabeza disgustada cuando, desde la niebla, vio materializarse un carro que avanzó pesadamente hacia el patio, con el conductor encorvado en su asiento como un hombre de las cavernas. ¿Qué tipo de vendedor hacía una entrega a esa hora? Y encima llamaba a la puerta principal. ¿Pensaría que porque habían caído en desgracia tenía derecho a ignorar las reglas de decoro más básicas?

—Busco a la señora Natoli, por favor. —El plebeyo regordete se bajó del carro y sacó un pergamino plegado del cinturón.

—Sí, yo soy la señora Natoli. ¿Qué está trayendo a mi casa a estas horas si se puede saber?

—Bueno, me temo que es su marido, señora.

Nerissa se sintió desvanecer cuando descubrió el ataúd de madera cargado en el carro. Maurice corrió a su lado y ella se apoyó en él, sin poder recuperar el aliento.

—¿Ashton? ¿Está... muerto?

El hombre la miró, su cara expresaba pena y compasión.

—¡Oh! ¡Por las parcas! ¿No sabía? Lo siento muchísimo, señora. No habría querido que se enterara así. No corresponde, ¿sabe?

Le entregó el pergamino a Nerissa, que lo recibió con los dedos dormidos. Ella buscaba algo que decir, algo que le permitiera aliviar el peso agónico que le oprimía el pecho.

—¿Y sus... y sus posesiones? ¿Dónde están?

Restregó las botas contra los escalones y negó con la cabeza.

—Bueno, tiene todo lo que poseía. "Enterrado sin un centavo", como dice el dicho.

Nerissa sintió cómo el color se le iba de la cara, y el hombre miró a su alrededor con ansiedad.

—Lo traigo mañana entonces, ¿sí? —Se volteó para volver a treparse a su asiento.

Nerissa asintió en silencio y se quedó mirando el carro que se alejaba traqueteando hacia la parte posterior de la mansión. Entonces se dio cuenta de que todavía tenía el pergamino en la mano. Lo desplegó y trató de entender lo que decía a pesar de las lágrimas que le inundaban los ojos.

La letra apretujada era difícil de leer, pero Nerissa entendió enseguida que era un recibo por la entrega.

Por primera vez, Elizabeth estaba desconsolada. Quizá con la noticia de la muerte de su cuñado finalmente había comprendido la verdadera medida de su desgracia. Elizabeth había sido la favorita de Ashton, que veía en ella un espíritu afín por su alegría y su modo infantil de disfrutar la vida. Ahora lloraba tan copiosamente que Nerissa se vio obligada a salir del pantano de su propia pena para consolarla. Le limpió las lágrimas y pensó qué podría alegrar a Elizabeth.

—No olvides la fiesta de los Lancaster, cariño. Todavía tienes que terminar tu disfraz. ¿Por qué no vas a buscar a Maurice y le pides que te ayude a cortar más hojas?

Elizabeth asintió y se fue al trote, dejando a su hermana sola con sus pensamientos. Nerissa sabía demasiado acerca de demonios y brujas como para

atribuirle todo a la mera coincidencia, pero no sabía cómo explicarlo de un modo que tuviera sentido. Se sintió una tonta por imaginarse esas cosas, pero después de todo se habían informado casos en La Marca del Oeste en los últimos tiempos. Por un instante, entró en pánico: esa bruja, esa vieja, había matado a su marido. Y ahora quería involucrar a Elizabeth en las negociaciones. ¿Qué destino horrible le...?

Sacudió la cabeza con violencia. Lo que importaba era que la anciana regresaría esa noche, y ella tenía que mantener la calma si quería apoderarse de la fortuna que, sabía, podía ser suya.

—¿Señora? ¿Señora? Una invitada... —Claramente Maurice no estaba preparado para que Carlotta entrara como una tromba cuando abrió la puerta, y la seguía por todos lados como un cachorro desorientado, retorciéndose las manos y llamando en la voz más alta que conseguía usar para dirigirse a su señora.

Nerissa se levantó del banco desde el que había estado contemplando la llegada de Carlotta, y caminó hacia la balaustrada que daba a la entrada y las escalinatas. Maurice todavía iba detrás de Carlotta, que subía las escaleras con mucha más energía de la que parecía capaz, clavando el bastón de ébano en cada escalón de mármol.

—Indícale el camino, Maurice —respondió Nerissa con un tono tranquilizador, segura de que Carlotta no necesitaba que le indicaran nada. De hecho, el lacayo, ya anciano, tendría suerte si lograba alcanzarla para cuando llegara a la habitación. Pero ese era el tipo de ficciones cordiales sobre el que se apoyaba la aristocracia.

Después de los rituales mínimos de cortesía, Carlotta tomó el mango del bastón

con las dos manos y se inclinó hacia adelante en la silla.

—¿Entonces, hijita? La apuesta...

La anciana dejó la oración en suspenso, como si fuera una propuesta indecorosa, y Nerissa se armó de valor. Había pensado mucho en la apuesta de esa noche. Se irguió, acomodó las manos cuidadosamente sobre el regazo y habló pausada y claramente, como una colegiala aplicada que recita la lección.

—Vuelvo a apostar cualquier cosa que yo tenga y que usted quiera.

—¿Eso que guardas en lo más profundo de tu ser y que solo tú puedes entregar?

A modo de consentimiento, Nerissa se limitó a asentir.

—Por mi parte, deseo una dote para Elizabeth. Una que alcance para que cualquier caballero de La Marca del Oeste quiera casarse con ella.

—Trato hecho.

La brusquedad de Carlotta desconcertó a Nerissa. Y ese brillo en sus ojos... ¿"Hambriento" sería la palabra correcta? No, pero sin dudas parecía que el vigor saludable de la anciana se había convertido en determinación hosca. No le sentaba bien, y Nerissa hallaba perturbador el modo en que había cambiado la conducta de Carlotta.

La anciana extendió la mano en silencio y, con una mano, cortó las cartas con eficiencia grácil. Miró a Nerissa, y la luz brillante, casi febril, que le iluminaba los ojos —incrustada de un modo tan discordante en esa cara arrugada y pastosa— llenó de

pánico a su contrincante. Nerissa miró a otro lado y se mordió la lengua con fuerza para distraerse. Carlotta tomó la primera carta del mazo.

Nerissa robó su carta y la ubicó frente a ella. Carlotta hizo lo mismo y después las dos mujeres repitieron el ritual hasta que cada una tuvo tres cartas. El silencio oprimía la habitación. Finalmente, Carlotta tomó una carta y descubrió el once de leones, después miró a su adversaria expectante. Nerissa sintió el impulso repentino de tirar todas las cartas al suelo pero se contuvo. Rogando que no le temblara la mano, eligió una carta al azar y reveló el arcángel de coronas.

—¡Dios mío! Qué elección afortunada —sonrió Carlotta y chasqueó la lengua como quien, en broma, finge estar molesto, aunque Nerissa estaba segura de haber oído un auténtico disgusto en su voz. La joven tenía la victoria en sus manos, así que se relajó. La única cuestión era cómo negociar el tamaño exacto de la dote una vez que terminara la partida.

Carlotta dio vuelta el nueve de coronas y Nerissa respondió de inmediato con el tres de serpientes. Carlotta dudó por primera vez desde que Nerissa la había conocido, su mano no se decidía a levantar la última carta.

—Podríamos declarar un empate —sugirió arqueando una ceja y dulcificando la voz—. Con tanto en juego creo que es justo que te dé una última oportunidad de arrepentirte.

Nerissa ahora estaba segura de que la mujer estaba chiflada. Con la segunda carta más alta del mazo en su haber, era casi imposible que Nerissa perdiera. ¿Por qué querría declarar un empate? ¿Y quién abandonaba una partida de cartas antes de dar

vuelta la última carta? El horror se apoderó de ella, se preguntaba si la anciana estaría retirando la apuesta por completo. Quizás estaba tan endeudada como Nerissa. Quizá nunca había tenido una moneda para darle a su familia y todo eso había sido nada más que un juego desquiciado. Quizá...

Pero quizá no. Nerissa seguiría con la farsa hasta el final si le prometía la más mínima esperanza de casar a Elizabeth. Le devolvió a Carlotta una sonrisa cordial y benevolente y desechó la idea con la mano.

—¿Y privarla de la posibilidad de ganar? Jamás. Tal vez tenga el arcángel de estrellas ahí escondido.

Carlotta miró la carta como evaluando la posibilidad de que el único arcángel de estrellas del mazo realmente estuviera bajo sus dedos, después la dio vuelta con tanta fuerza que Nerissa saltó de la silla.

El dos de leones.

Las dos mujeres se rieron, una risilla bien ensayada para trivializar los momentos incómodos y asegurar a todos los presentes que no se había producido ningún daño irreparable al decoro. Pero Nerissa sentía la tensión abandonar su cuerpo como un líquido viscoso, y la mano libre de Carlotta se aferraba al mango del bastón como una garra. Sus dedos consumidos todavía sobrevolaban la carta, como si quisieran encontrar la forma de volver a darla vuelta para obtener otro resultado.

—Ay, querida Carlotta. Me parece que he tenido un poco de ventaja... —empezó a decir Nerissa, pero otra vez la mujer se paró enérgicamente y salió de la habitación sin mirar atrás. Nerissa la siguió sin saber bien cómo abordar el tema del pago de la dote.

Finalmente, decidió que si Carlotta quería quebrantar la apuesta, no había nada que perder, y si pensaba honrarla, Nerissa obviamente tendría que sacar el tema antes de que la anciana desapareciera por la puerta principal.

—Sí, bueno... entonces, Carlotta. Tendríamos que discutir...

—No.

La palabra quedó flotando detrás de la mujer como un vapor nauseabundo, y Nerissa quedó boquiabierta. Carlotta se volteó para mirarla cuando llegó a la puerta.

—No, no vamos a discutir. Tú... tú, señora Natoli, tienes que pensar bien lo que deseas apostar. Y si quieres que vuelva mañana, volveré. Pero no vamos a discutir.

Y con eso, se fue.

Nerissa se quedó mirando el coche que se alejaba traqueteando en la noche con el corazón triste. ¿Habría sido todo en vano? ¿Sería la última vez que veía a Carlotta? ¿Su fortuna no habría sido más que un engaño cruel? Nerissa apretó los puños. Una dote para Elizabeth. Eso era todo lo que quería. Si le quitaban todo lo demás, aun podría mostrar la cara sin vergüenza sabiendo que le había garantizado una vida de lujo y placeres a su hermana, que en realidad tenía poco para ofrecer además de su belleza y no estaba preparada en absoluto para una vida de penurias.

Se quedó escrutando la oscuridad, medio esperando que se le apareciera una dote

por arte de magia, pero sacudió la cabeza y se regañó por perderse en fantasías tan tontas. Carlotta se había ido, Ashton se había ido: el juego había terminado y Elizabeth se vería obligada a casarse con un plebeyo vulgar, y eso si tenía suerte. Nerissa rumió sus opciones y decidió que otra tanda de cartas a sus muchos acreedores para suplicarles paciencia no podía hacerle daño, y además ya no se le ocurría nada más que hacer. Echó una última mirada a la penumbra, después se encaminó hacia la casa y cerró la puerta detrás de ella.

—¿Maurice? —llamó, y el viejo lacayo apareció desde un rincón.

—¿Sí, señora?

—Llévame una lámpara al estudio. Tengo que escribir algunas cartas. —Oyó la acritud en su voz y se lamentó. Maurice era fiel hasta el final, y ella no debía dejar que su decepción se transformara en amargura hacia él—. Gracias, Maurice —agregó, y él correspondió esa familiaridad extraña con un asentimiento cortés mientras desaparecía por el pasillo arrastrando los pies.

Nerissa se quedó de pie un momento en el vestíbulo de la casa, reacia a encarar la tarea de rogar a los acreedores una nueva extensión del plazo, y decidió que no había apuro; de todos modos no podría empezar a escribir hasta que Maurice llegara con la lámpara. Se sintió presa, amarrada y acorralada como un animal acosado por un grupo de sabuesos. Pensaba que si se quedaba muy quieta, si no se movía para nada, quizá podría posponer lo inevitable.

Llamaron a la puerta con tanta suavidad que, al principio, Nerissa creyó que lo había imaginado. Después llamaron de vuelta, más fuerte, con más insistencia, y

Nerissa tuvo que obligarse a recuperar la compostura. No había motivos para creer que el visitante tendría algo que ver con su fantasía infantil de recibir una dote mágica ni para pensar que el resultado de su deseo sería mejor que el del regreso de Ashton. Cuando volvió a oír el sonido, Nerissa se dirigió a la puerta, olvidando el protocolo y decidida a abrirla ella misma.

El muchacho que estaba en la puerta no parecía capaz de hacer semejante alboroto pero cuando Nerissa salió, se quitó el sombrero y le hizo una reverencia con la cabeza para después entregarle una carta lacrada que sacó de su bolsa.

—Una carta para usted, mi señora. —Nerissa tomó la carta en cuestión y notó el diseño elaborado del sello de cera que, junto con un lazo de seda negra, mantenía cerrada la nota.

Le ofreció una moneda al muchacho pero él retrocedió.

—Disculpe, señora, pero no puedo aceptar ningún pago. Que ya me han pagado, ¿sabe?

Nerissa le sonrió, conmovida por su honestidad, y le ofreció la moneda otra vez. El muchacho levantó las manos como formando un escudo y la sonrisa de Nerissa se desvaneció.

—No, señora, por favor. Me han dado órdenes.

Claramente, el muchacho estaba aterrorizado y se alejó sin quitar los ojos de la moneda, como si sospechara que Nerissa podría esconderle la moneda en algún lado contra su voluntad. ¿Quién habría mandado a ese niño con órdenes tan estrictas? Era muy extraño. Intentó reírse para quitarse la mala sensación pero la voz se le quedó

atascada en la garganta y no quiso salir.

Mientras cerraba la puerta, Nerissa examinó el sello. Era un escudo de armas, pero ella no lo había visto nunca. ¿Alguien de otra ciudad? ¿Quién podría querer algo con ella...?

Una sensación de angustia le subió desde la boca del estómago cuando se dio cuenta de que no tenía idea de dónde había estado Ashton durante todos estos meses, y no tenía forma de saber a quién le había pedido dinero prestado. Podía haber aun más acreedores, acreedores de apellidos importantes. Acreedores dispuestos a enviar cartas a lugares distantes para reclamar lo que les pertenecía...

Frustrada con su imaginación hiperactiva, Nerissa rompió el sello y desató el moño. Abrió la carta y la leyó, primero con aprensión, después con curiosidad y después con las manos temblorosas y una tranquilidad que no había sentido en meses.

Una dote. Lo imposible había sucedido. Una dote para Elizabeth. Nerissa bendijo a Carlotta y al ángel de los Cielos Superiores que la había enviado y llamó a su hermana.

—¡Elizabeth! Ven aquí, ¡rápido!

Su voz sonaba extraña, demasiado fuerte, casi alarmante en la casa silenciosa. Volvió a leer la carta y no había duda. Este era el milagro prometido. Lo había apostado todo y había ganado lo único que le importaba.

—Nerissa, querida mía, ¿qué sucede? —Elizabeth bajó las escaleras al trote, envuelta en su ridículo disfraz de otoño, cuyas hojas ondulaban y se arrastraban detrás de ella. Nerissa notó que, en el apuro, algunas incluso se desprendían y caían

con un movimiento suave, y la idea de que Elizabeth estaba perdiendo las hojas como un árbol en otoño la hizo reír. Pero enseguida se refrenó, un tanto perturbada con la idea, y le dedicó su sonrisa más amable y benevolente a su hermana preocupada.

—Hemos recibido excelentes noticias, Elizabeth. Parece que el vizconde... — Volvió a mirar la carta para estar segura del nombre—. El vizconde Delfinus es nuestro pariente lejano. Lamentablemente ha fallecido. —Intentó que su cara expresara solemnidad, pero su esfuerzo fue en vano—. Pero antes de morir, dejó una parte de su herencia a sus parientes más jóvenes que aún no se han casado.

Hizo una pausa para que Elizabeth pudiera estallar de alegría, pero la muchacha se limitó a mirarla fijo, esperando una explicación.

—Una dote, Elizabeth. Acabas de conseguir una dote. Y una muy generosa.

Elizabeth chilló y aplaudió como una niña, mientras saltaba de alegría. Esta vez, Nerissa no se preocupó en contener la efusividad de su hermana. Sus meses de frugalidad, penuria y ruegos finalmente habían rendido sus frutos. Elizabeth se iba a casar y toda la sociedad de La Marca del Oeste vería a Nerissa Natoli recuperar su dignidad.

—¡Una dote! Me casaré como corresponde, con un caballero. —Elizabeth hizo unas piruetas que enloquecieron sus hojas. Nerissa se contuvo para no regañarla... después de todo, era un momento de triunfo. Que saltara y corriera todo lo que quisiera si tenía ganas.

—¡Maurice! —casi gritó Elizabeth.

Nerissa se sobresaltó con el volumen del llamado de su hermana pero antes de que pudiera decir algo, la joven le había tomado las manos y no dejaba de parlotear, su cara resplandeciente de alegría.

—¿Y puede ser un soldado también? Se comenta que el capitán Donne está buscando esposa, y es un caballero apuesto. ¿O quizás un cortesano? Raymond Haston bailó conmigo la mitad de la noche en la última fiesta de la señora Whittington, y creo que le gusto. Además Celeste dice que hay varios caballeros de Entsteig que van a cruzar el golfo para asistir a la fiesta de la señora Lancaster, y tiene que haber algún buen candidato entre ellos...

Nerissa asentía vagamente al parloteo de su hermana. Ya habría tiempo para elegir marido, y por sobre el hombro de Elizabeth, le sonrió a Maurice, que rengueaba lo más rápido que podía en dirección a ellas, la preocupación pintada en su cara, con la lámpara en una mano.

—Ah, ¡le tengo que decir a Maurice ya mismo! Sí... ¡Maurice! —Elizabeth se dio vuelta con tanta brusquedad que casi se estrella con el viejo sirviente, que estiró una mano para sostener a la muchacha. El pie de Elizabeth se enganchó en el dobladillo deshilachado de su traje y, a punto de caer, intentó desesperadamente aferrarse a la mano del hombre. Logró sostenerse, pero el anciano perdió el equilibrio y la lámpara se estrelló contra el suelo de piedra y formó un charco de aceite en llamas entre ellos.

Nerissa gritó y después se refrenó. Elizabeth y Maurice se alejaron cuidadosamente del charco ardiente y la miraron como niños sorprendidos. Trató de pensar, pero por un largo instante las llamas la dejaron hipnotizada. Después le gritó a Maurice:

—¡Una escoba! ¡Ve a buscar una escoba para apagar el fuego!

El anciano se fue rengueando y Nerissa examinó la habitación para ver si había algo inflamable cerca del fuego. Volvió a mirar a Elizabeth, que temblaba de miedo y excitación, y trató de dibujar una sonrisa.

—No te preocupes, Elizabeth. Va a estar todo...

Nerissa enmudeció cuando vio que el bucle de humo que estaba siguiendo terminaba en el dobladillo del disfraz de Elizabeth. Una de las hojas de papel se estaba prendiendo fuego, y Nerissa se quedó mirándola convertirse en una llamita brillante y movediza. El fuego se propagó rápidamente por toda la hoja y saltó a otra y, antes de que Nerissa pudiera reaccionar, había media docena en llamas. Gritó, esta vez en serio, y bordeó corriendo el charco ardiente, pero Elizabeth miró hacia abajo y también vio la llamarada. Antes de que Nerissa pudiera alcanzarla, la joven aulló aterrorizada y escapó como un rayo del aceite encendido, avivando las llamas hasta formar una hoguera que le cubría la mitad del vestido. Nerissa la persiguió pero Elizabeth había entrado en pánico y corría a toda velocidad por el salón gritando a todo pulmón. Finalmente, Nerissa la atrapó y la sostuvo mientras el calor le golpeaba la cara y Elizabeth luchaba con todas sus fuerzas para soltarse. Nerissa intentó aplacar el fuego con las manos pero solo consiguió avivarlo. Elizabeth gritó de dolor cuando las llamas le envolvieron el cabello, y logró liberarse de Nerissa, que la tomó del vestido y tiró con todas sus fuerzas. Las costuras desgastadas se rompieron y Elizabeth, libre del vestido, se desplomó en el suelo. Nerissa se abalanzó sobre ella para apagar las llamas que le encendían el pelo, conteniendo la náusea que le provocaba el olor de la carne quemada.

Nerissa había enviado a Maurice a buscar a los sanadores de inmediato y, para su eterna gratitud, no solo habían ido, sino que habían ido rápido. Habían atendido a Elizabeth durante horas y le habían salvado la vida, pero no la belleza. Su cara estaba cubierta de marcas rojas y pegajosas que, según los sanadores, se convertirían en cicatrices. El pelo había desaparecido, dejando a la vista un cuero cabelludo semicubierto de llagas húmedas y abiertas, y carne chamuscada. Había perdido uno de los ojos, cuya ceja se sumergía grotescamente en la cavidad vacía. Lo que le quedaba de los labios se contorsionaba en una mueca burlona y desesperada.

Nerissa se había quedado junto a la cama de su hermana hasta el amanecer, cuando gracias a los ungüentos y brebajes medicinales, Elizabeth finalmente había caído en un sueño intermitente. No podía dejar de pensar en su error. Se había tomado a la anciana demasiado a la ligera —eso era evidente— pero más aun, Carlotta había destruido todo lo que Nerissa había intentado conseguir. La dote había sido tanto para ella como para Elizabeth, comprendió, y rechinó los dientes frustrada. Si fuera por ella, nunca volvería a ver a esa mujer horrorosa: le daría la bienvenida a la pobreza honrada y se lamería las heridas. Pero no podía soportar lo que le había sucedido a Elizabeth. Carlotta había usado sus deseos en su contra, y Elizabeth había sido la más perjudicada... y sufriría el resto de su miserable vida a menos que Nerissa pudiera volver el tiempo atrás de algún modo.

Dos veces había apostado para conseguir la fortuna que tanto ansiaba, y dos veces algo terrible les había sucedido a sus seres queridos. La vieja bruja no la iba a engañar una tercera vez. De pronto la invadió una certeza fría y amarga y supo lo que tenía que

hacer. Esa noche Nerissa estaría preparada. Y, aun así, esa noche no importaría si ganaba o perdía.

Maurice espiaba la calle a través de las cortinas pesadas de la habitación como si fuera un halcón anciano. Se culpaba por lo que le había sucedido a Elizabeth, y a pesar de que Nerissa había hecho todo lo posible para tranquilizarlo, no podía decirle cuál había sido la verdadera causa del horrible accidente. Así que el sirviente mantuvo su nueva posición como un soldado en el campo de batalla y observó la calle a la espera del coche que ambos esperaban. Si le pareció extraño que Nerissa tuviera invitados y quisiera jugar a las cartas después de dos tragedias seguidas, no dijo nada.

Nerissa se obligó a no servirse otra copa de vino y volvió a pensar, una vez más, en la llegada inminente de Carlotta. Se le había ocurrido que no tenía *la obligación* de jugar otra partida con la criatura decrepita. Podía echarla sin más. Pero, por supuesto, eso no sería necesario: sabía que Carlotta solo llegaría si ella quería. Y, por consiguiente, sabía que Carlotta llegaría sin falta si así lo deseaba ella.

Oyó las campanas de un reloj lejano que anunciaba la hora a todo el pueblo y tembló. Se preguntaba de qué cueva decrepita habría salido la mujer y se le ocurrió que lo que había sucedido cuando ganó a las cartas probablemente no sería nada en comparación con lo que sucedería si perdía. La cabeza se le llenó de historias murmuradas sobre corazones sangrantes arrancados del pecho de las víctimas mientras todavía latían, pero logró deshacerse de las imágenes. Carlotta llegaría

pronto y Nerissa necesitaba mantener la cordura. La anciana era una especie de demonio que podía convocarse con solo pronunciar su nombre. Nerissa articuló las sílabas en silencio, imaginándose que estaba invocando un espíritu repugnante en un foso podrido.

—Señora —graznó Maurice—, ahí está.

La sonrisa divertida de Nerissa se congeló formando una mueca de férrea determinación.

—Muy bien, Maurice. Déjala entrar.

Nerissa se reclinó en la silla y volvió a contemplar las cartas. Ya la habían hecho ganar dos veces y, aun así, cada juego la había dejado más desdichada. Pero esa noche sería diferente, pensó, y se sirvió una copa de vino. Esa noche, si todo salía bien, no importaría que esa fuera casi la última botella que quedaba en la casa, caviló mientras sentía el sabor especiado del vino en la boca. Claro que con esa... con esa bruja o demonio o lo que fuera esa mujer, era imposible tener la seguridad de que las cosas salieran efectivamente bien. Pero ella estaba decidida. Se había comprometido y ahora había llegado el momento de terminar lo que había empezado. Poner a Maurice a vigilar en la ventana había sido el primer movimiento de la nueva estrategia. Esa noche no la iban a tomar por sorpresa.

Sin embargo, en lugar del golpe en la puerta, Nerissa oyó el traqueteo discordante del odioso bastón de ébano sobre los pisos de mármol. Era imposible que Maurice, con su cojera, hubiera bajado a abrir la puerta tan rápido y, de hecho, Nerissa no había oído el ruido que la enorme puerta de roble hacía al abrirse. Aun así, Carlotta estaba

en su casa, subiendo las escaleras, más cerca con cada golpe del bastón sobre los escalones.

Nerissa oyó el ruido subir por las escaleras para luego acercarse a la habitación, y a Maurice arrastrando los pies a la zaga. Carlotta entró en la habitación como una tromba, y aunque no tenía mucho sentido, Maurice anunció:

—La señora Carlotta.

Muy deliberadamente, Nerissa no se levantó para recibir a su invitada. Se hundió más aun en la silla. Percibió que Carlotta deseaba tanto jugar esa partida como ella y decidió dejar que la anciana la persiguiera esta vez.

Carlotta no mostró ningún indicio de haber registrado el desaire, pero Nerissa sabía demasiado de protocolo y no era fácil engañarla. La anciana se sentó con un gruñido, las manos aferradas al bastón. Finalmente, Nerissa levantó los ojos de las cartas y le dedicó una sonrisa apretada y artificial.

—¿Vino?

Carlotta le devolvió una sonrisa que prácticamente no dejaba ver sus dientes:

—Gracias, no.

Las mujeres se quedaron mirándose y Nerissa evaluó a Carlotta: ya no era la tía solterona de mejillas sonrosadas que había conocido en el coche. Tenía las mejillas hundidas, los labios cuarteados, los dientes... más afilados en cierto modo. De los ojos le emanaba un hambre famélica, desesperada, y Nerissa imaginó que las últimas noches probablemente habían sido difíciles para la criatura anciana. Había dado todo

de sí para llevar miseria y desesperación a la casa de Nerissa y no había recibido nada a cambio. La joven tomó otro trago de vino, sin preocuparse por llenar el silencio que embargaba el aire. Su madre le había enseñado que era un gran error dejar que el adversario supiera lo mucho que uno necesitaba algo: necesidad era sinónimo de debilidad, le había dicho. Pero Nerissa percibía por el modo en que las pequeñas manos de Carlotta jugueteaban con el mango del bastón la necesidad aguda que tenía de jugar esa partida. Muy bien, entonces. Esa sería su palanca.

Nerissa levantó el alhajero forrado de terciopelo, sosteniéndolo de modo tal que Carlotta pudiera observar el contenido.

—Hemos apostado palabras y promesas, pero esta herencia es de oro y diamantes. ¿Está segura de que no quiere que hagamos una apuesta... más sustanciosa?

Una especie de pánico relampagueó en los ojos de Carlotta y su mandíbula se tensó por un momento antes de sonreír cordialmente.

—No, querida. Eso es imposible. Si quieres que cumpla tu más ansiado deseo, debes ofrecerme tu posesión más valiosa.

La lengua de la anciana pasó por sus labios con un movimiento tan reptil que Nerissa se la imaginó bífida y siseante. Por toda respuesta asintió con la cabeza.

Entonces Carlotta le dedicó una sonrisa franca pero no por eso menos maliciosa.

—¿Y qué apostaremos esta noche? ¿Qué es lo que más deseas hoy?

Nerissa sonrió con naturalidad pero el corazón le latía a toda velocidad en el

pecho. No tenía dudas de que esta mujer iba a encontrar una manera de cobrársela si perdía. Articuló las palabras con cuidado pero las disfrazó de indiferencia.

—Lo único que quiero es volver a ver a Elizabeth bella y feliz.

Carlotta abrió la boca para responder, pero Nerissa la interrumpió con un dedo en el aire.

—Pero esta noche solo jugaré si Elizabeth también puede tener su felicidad y belleza por lo que dure nuestra partida, hasta que yo dé vuelta mi última carta.

Carlotta la fulminó con la mirada, desconcertada.

—¿Quieres tener el premio antes de ganarlo? Qué ridículo.

—Si puedes otorgarlo, puedes llevártelo si yo pierdo —sonrió Nerissa con dulzura—. Todo lo que pido es unos instantes de belleza y felicidad para Elizabeth. A menos que quieras que hagamos una apuesta más tranquila...

Desplazó la mano con descuido hacia el alhajero abierto, y Carlotta sacudió la cabeza, su cara dividida entre la furia y la ansiedad.

—No. Por supuesto que no. Pero pides demasiado. No puedes llevarte el premio antes de ganarlo.

Nerissa sentía que estaba haciendo equilibrio sobre una cuerda floja de decoro, en la que contrapesaba el empeño de Carlotta por cumplir su voluntad con la obvia ansiedad de la criatura. Sonrió con una tranquilidad ensayada y sopesó la incertidumbre en los ojos de Carlotta, el jugueteo nervioso de sus dedos, la

contracción ansiosa de sus hombros. Por mucho que intentara ocultarlo, era el retrato perfecto de la necesidad.

Nerissa se quedó mirando fijo a Carlotta por un largo rato, después se encogió de hombros como derrotada y volvió a indicar el alhajero. Hizo un gesto insolente con la cabeza como retando a Carlotta a aceptar las joyas y baratijas.

Carlotta bullía de rabia y le enseñaba los dientes.

—Muy bien.

La anciana aplaudió y Nerissa jadeó contra su voluntad. Por un instante, la luz de la lámpara titiló y, en las sombras, los ojos de Carlotta brillaron como carbones encendidos. La anciana sonrió, triunfante y rapaz, y Nerissa luchó por recobrar la compostura. Carlotta parecía aun más desgastada y débil que hacía un instante. Pero nunca había tenido un aspecto más letal.

De inmediato, se oyeron pisadas de pies descalzos por el pasillo, que se acercaban casi corriendo. Carlotta le sostuvo la mirada a su anfitriona con un dejo de satisfacción que le curvaba una de las comisuras de los labios. Nerissa sonreía con benevolencia, como si estuviera mirando a su invitada preferida durante una cena. Tenía un nudo en el estómago pero su cara solo reflejaba una amabilidad insípida.

La puerta se abrió de repente y ninguna de las dos mujeres se movió. Elizabeth corrió hacia su hermana en camisola, con mechones de pelo dorado sueltos sobre los hombros, sus rasgos delicados más radiantes y hermosos que nunca.

—Ay, Nerissa, tuve un sueño extrañísimo. Era... era... ay... —rió llevándose los

dedos a la boca—. Lo he olvidado.

Finalmente, Nerissa la miró, girando la cara con precisión casual.

—Muy gracioso, Elizabeth, cariño. Pero, como verás, estoy con una invitada muy importante en este momento.

Elizabeth pareció ver a Carlotta por primera vez y dio un paso atrás.

—Oh, siento mucho la interrupción. ¿Qué estaba pensando? —Parecía desorientada, aterrorizada por la vieja horrible pero incapaz de romper su hechizo—. Tendría que irme... ¿ahora?

La anciana posó la mirada en Elizabeth, y la joven se encogió detrás de la silla de Nerissa.

—Sí, Elizabeth —graznó Carlotta con los dedos aferrados al mango del bastón de ébano—. Dile adiós a tu hermana.

Nerissa entornó los ojos y Carlotta sonrió con pura crueldad, abandonando toda pretensión de cortesía. Nerissa mantuvo la mirada fija en Carlotta un momento más y después le dedicó una sonrisa sincera y cariñosa a su hermana desconcertada.

—Adiós, Elizabeth —susurró, y Elizabeth se alejó instintivamente.

—Adiós —respondió desconcertada y después se volteó para salir de la habitación casi corriendo.

—Bueno. —Carlotta cortó las cartas y Nerissa dudó y después robó una. Cuando las seis cartas estuvieron sobre la mesa sintió otra vez el aguijón de la duda. Se obligó a ignorarlo, decidida a terminar de una vez con todo. Dio vuelta la carta de la derecha y contuvo la excitación cuando vio el obispo de estrellas. Carlotta hizo un ruidito de desaprobación casi imperceptible y dio vuelta el cinco de serpientes. Miró a Nerissa con una avidez cruda en los ojos y la joven tuvo que contenerse para no echarse atrás.

Estiró la mano, indecisa, y después dio vuelta la carta de la izquierda, que suscitó una carcajada grosera en Carlotta. El dos de leones no iba a servirle de mucho. Nerissa miró de soslayo el alhajero mientras la mano de Carlotta sobrevolaba las dos cartas que le quedaban y, finalmente, se posaba sobre una.

Literalmente cacareó de alegría cuando dio vuelta el arcángel de estrellas. Se rió dando saltitos en la silla mientras Nerissa sentía que le iba a explotar la cabeza. La carta más alta del mazo. Miró su última carta sabiendo que no importaba en lo más mínimo. Y aun así...

—Vamos, hijita. —Carlotta ni se molestó en esconder su alegría malévola—. Dala vuelta. Terminemos con esto de una vez.

Tenía una sonrisa absolutamente depredadora y Nerissa no pudo evitar preguntarse cómo hacía la vieja bruja para arrancarle el corazón a una persona. ¿Se lo absorbía por la boca? ¿Le abría el pecho con esos dedos como garras? ¿O simplemente les abría un agujero con los dientes como una horrenda rata gigante?

Sacudió la cabeza para borrar las imágenes terroríficas.

—Todavía podemos declarar un empate. O cambiar la apuesta... —Volvió a tomar el alhajero y acarició el zafiro de la peineta, recorrió las joyas encastradas en el mango del estilete.

—No —dijo abruptamente la anciana, inclinándose hacia adelante—. Tú accediste. Y perdiste. Ahora da vuelta esa carta y terminemos con este juego.

—Sí —respondió Nerissa, con la voz fría como el acero—. Terminemos con este juego.

Con un movimiento rápido, sacó el estilete de la funda. Carlotta chilló y, en un gesto defensivo, levantó el bastón, cuyo mango lanzaba una llama sobrenatural pero Nerissa dio vuelta el cuchillo y se lo clavó en su propio pecho. Un chorro de sangre carmesí emanó de la herida y bañó las cartas. Carlotta retrocedió, gruñendo con ira animal. La sangre arterial brillante siguió cayendo en la mesa en chorros cada vez más débiles hasta que los ojos de Nerissa se dieron vuelta y su cuerpo cayó sobre la silla. Ahora la sangre goteaba lentamente, empapando de a poco su vestido de brocado.

Carlotta se quedó inmóvil durante un largo rato, la respiración jadeante, la lengua bífida repasando los labios escamados. Su mirada saltaba del cuerpo cada vez más frío a la partida sin terminar sobre la mesa.

Desde algún lugar de la casa oyó las pisadas amortiguadas de Elizabeth y supo, con creciente disgusto, que el hechizo que había lanzado sobre la joven duraría hasta que terminara la partida. La vieja siseó y estiró el brazo para dar vuelta la última carta de Nerissa, pero se detuvo a mitad de camino. No tenía sentido. Las condiciones de la partida estaban establecidas, y eran inquebrantables.

Hasta que yo dé vuelta mi última carta había dicho Nerissa.

Con gran esfuerzo, Carlotta se puso de pie apoyándose pesadamente en el bastón.

—Buena jugada, hijita. Buena jugada.

Le dio la espalda a las cartas empapadas de sangre y con pasos lentos y dolorosos salió cojeando de la habitación.